

PRESENTACIÓN

“CARMEN LA DESCONOCIDA”

(Mérimée, Gaucín, Carmen: una trilogía romántica)

De

SALVADOR MARTÍN DE MOLINA



Teodoro Martín de Molina

Gaucín, 5 de mayo de 2017

Ya hace más de un año que no hablo directamente con mi hermano Salvador; desde aquel fatídico 22 de abril del año pasado en el que



nos las prometíamos tan felices. A pesar de ello su recuerdo permanece vivo en mi interior día tras día y cualquier motivo es bueno para traerlo a colación bien en mis pensamientos, en mis imaginaciones, o con los que están a mi lado. Nos unía mucho y eso es muy difícil dejarlo a un lado.

¡Cómo quisiéramos todos que fuese el propio Salvador quien estuviese aquí ahora presentándonos a esta su "*Carmen la desconocida*", su "*Carmen la de Gaucín*"! Pero la vida es así y no hay más vueltas que darle. Muchos, los que tenemos su misma fe, sabemos que sin estar aquí, de algún modo está entre nosotros.

Me toca a mí hacer esta presentación por él. En su nombre, el de su mujer y de sus hijos, de toda su familia, en definitiva de todos los que lo queremos, tengo que agradecer a la corporación municipal, representada aquí por su alcalde, este homenaje que se le hace hoy. ¡Nada más y nada menos que presentando en Gaucín uno de sus trabajos más queridos, su "*Carmen la de Gaucín*"! ¡Cuánto debe estar disfrutando con este evento!

Antes de proseguir, también quiero, personalmente, dar las gracias a Pedro Godino por invitarme a participar en el acto, con lo que me da la oportunidad de poder glosar, aunque sea someramente, la figura de mi hermano Salvador, su trayectoria vital y creadora ante sus familiares, amigos y paisanos.

Es la primera vez que hablo en mi pueblo en un acto público, no podía ser en mejor ocasión que esta que me brindan los organi-

zadores de la presentación del primoroso trabajo de mi hermano Salvador.

Permitidme que a lo largo de estas pocas palabras no me ciña estrictamente al motivo que nos reúne esta tarde aquí, y que en algunos momentos me mueva por territorios no necesariamente relacionados con la presentación de "*Carmen la desconocida*". Su idolatrada Carmen. Idolatrada no tanto por la Carmen de Merimee (ni mucho menos la de Bizet), sino por la relación que guarda con Gaucín. Relación a la que él, con sus incesantes indagaciones, ha sido capaz de darle sentido en numerosos trabajos que hoy culminan en este que se da a conocer al público en general en su no menos idolatrado Gaucín.

*"El Señor es mi pastor, nada me falta.  
En verdes praderas me hace recostar.  
Me conduce hacia aguas tranquilas..."*

Según cuentan algunos de los que lo acompañaron hasta sus últimos días en el lecho del dolor, la recitación de este salmo fueron unas de las primeras palabras de Salvador cuando de nuevo se pudo comunicar oralmente con los que estuvieron a su lado después de sufrir el infarto.

Son las palabras de un hombre de fe. De una fe inquebrantable en su conciencia, que no es otra que la que bebió de sus padres y luego mantuvo durante toda su vida al lado de su mujer y de sus hijos.

Yo que admiraba, que admiro, en tantos aspectos a mi hermano, es en este, su inquebrantable fe, probablemente en el que más lo haga. En general, admiro a las personas adornadas con esta virtud, sobre todo en estos tiempos en los que, a veces, cuesta tanto creer en tantas cosas.

Como era hombre de fe, creía en sus principios, en las personas, en su trabajo. Sin esa fe no se entendería su actitud ante la vida; una actitud de entrega, de servicio, de generosidad, de tolerancia, ni

tampoco mucho de lo que salía de su cabeza y lo dejaba plasmado en el papel o en el lienzo.

Y, como digo, esa fe en el ámbito de la vida espiritual él la supo trasladar al de la vida cotidiana y al de su dedicación al trabajo y a sus entretenimientos, si por entretenimiento se puede entender toda su labor creativa plasmada en infinidad de escritos, investigaciones de todo tipo, poemas, pinturas, etc.

Por tanto, y en cierta medida, podemos hablar de un acto de fe su dedicación durante tantos años a la figura de Carmen.



Desde que por primera vez leyera, como nos dice en el preludio de la obra, lo que Merimé pone en boca de don José: *“Salimos para Gaucín, donde nos reunimos con Carmen, que allí me había citado”*, frase determinante de esta historia compartida, no cesó de indagar en el tema hasta concluir en este texto que hoy se

nos ofrece a todos y que a él le hacía tanta ilusión que viese la luz y, sobre todo, aquí, en su pueblo, a la vera de su castillo.

*“Carmen  
y su flor de casia;  
Carmen  
y su amargo veneno;  
Carmen, Carmen, Carmen,  
siempre digo Carmen  
amores y celos.*

*Supersticiones y enredos  
entre lugares salvajes  
mercancías de trasiego”.*

Salvador, a pesar de su aspecto bonachón y tranquilo, era un hombre pasional en todos los sentidos. Sentía pasión por la vida, por su familia: Pilar



y sus hijos, sus hermanos, las Valdivias y adláteres, sus paisanos... Además, aparte de su continuo sufrir con el Real Madrid, tenía otras pasiones vitales/creativas: en primer lugar, y desde siempre, Gaucín; y a continuación, pisándole los talones y desde que descubrió su relación con nuestro pueblo, Carmen, la Carmen de Mérimée que él ha transformado, gracias a sus investigaciones, en la

Carmen de Gaucín.



Gaucín ha sido, en un porcentaje muy elevado, elemento motivador y fundamental dentro de su producción creativa. Sus investigaciones, su pintura y su poesía no se entenderían sin una referencia casi permanente a nuestro

pueblo. A Carmen también le dedicó gran parte de su trabajo creativo, sobre todo, como decía antes, buscando su relación con nuestro entorno.

Podríamos decir que estas pasiones han dado sentido a gran parte de su actividad creativa a lo largo de los últimos 20 años de su vida como escritor y pintor, aunque en el entretanto nos haya ido dejando un amplísimo abanico de trabajos de todo tipo de los que hoy aún podemos disfrutar y podremos seguir haciéndolo durante tiempo indefinido pues, incluso aquellos que no están impresos, han quedado recogidos en su prolija página web.



Yo he tenido la suerte de ser uno de los que ha leído, no voy a decir todo pero, casi todo lo que salió de su pluma, además de primera mano.

El sabio siempre duda, el necio se arroja de cabeza al precipicio sin dudar un instante. Salvador, a pesar de su gran bagaje cultural, intelectual y de su sabiduría, o quizá por ello, se movía en la vacilación y casi siempre, antes de dar algo a la imprenta me lo hacía llegar para que se lo revisase. Siempre leía lo que me mandaba y siempre le contestaba, aunque mis correcciones se basaban, si acaso, en unas anotaciones sobre la sintaxis o algún lapsus ortográfico, errata o gazapo; a veces una leve consideración y poco más, pero a él le gustaba que yo le devolviese su trabajo con, por lo menos, un breve comentario sobre el mismo. Cuando los comentarios eran elogiosos me contestaba con otro de incredulidad. Con tantos motivos para sentirse orgulloso de sí mismo, de sus trabajos; su modestia, nunca falsa, y su auténtica humildad le hacían no estar convencido del merecimiento del halago.



Para escribir estas líneas he repasado la docena larga de títulos que tiene publicados: desde sus **“Seis personajes en busca de una cárcel”**, de 2002, hasta **“El sur infinito”** dentro de la serie **“Las miradas del tiempo”**, de 2015, amén de multitud de entradas en su página web y, mientras las escribía, en no pocas ocasiones, he notado su presencia, he oído su sonrisilla de tímido niño pillín y he querido escuchar que me decía: *“No, Teo, no digas esas cosas, no ves que me da vergüenza y me voy a poner colorado”*. Así era, así es él.

Uno de los últimos trabajos que le revisé fue este que hoy presentamos. Un documento de 80 páginas, más o menos, que entonces se titulaba: **“Carmen, la de Gaucín. Carmen en el infinito”**. Con el subtítulo: **“(Mérimée, Gaucín, Carmen: una trilogía romántica)”**. En este título resumía su propósito, que no era otro que, como nos dice en el preludio: *“Contar esta pequeña historia de una relación*

*inevitable –a la par que entrañable- entre un escritor francés, exponente del romanticismo, de nombre Prosper Mérimée. Un mito universal, Carmen, prototipo de la mujer libre. Y el pueblo andaluz que la vio nacer, Gaucín, última asomada europea al sur infinito, apenas separado del Atlas africano por el mar azul.”*



El 2 de febrero del año pasado por la tarde recibí un correo suyo. Tenía prisa en recibir la respuesta. *“Antes de mandárselo al alcalde, me gustaría que lo leyeras y me dijeras qué le sobra o le falta”*. El día 3 le respondí con algunas observaciones después de una primera lectura rápida. *“Gracias y, encima, rápido”*, me contestó amén de otras consideraciones sobre mis comentarios. El día 4 le devolví el documento corregido en todo lo corregible, como él me pedía, y con otras observaciones ya más fundamentadas. El mismo día me respondió diciéndome que no lo había visto en total, que lo haría al día siguiente. Ya no tuve más correos suyos al respecto. Supongo que estaría deseando enviarlo al ayuntamiento y, también supongo, que algunas de las apreciaciones que le hice tendría a bien recogerlas.

Él, el mayor, yo, el más pequeño. Sin embargo, entre los dos había una especie de afinidad, de complicidad, que hacía que el uno confiara en el otro y viceversa. Quizá fuese porque teníamos inclinaciones parecidas en lo creativo, quizá porque de todos los hermanos fuimos los únicos nacidos en Gaucín: *“El primero y el último. Nuestros padres comenzaron y acabaron de formar su familia en el mismo lugar en el que ellos nacieron y vivieron su juventud y su madurez plena. Ellos pusieron toda su alma en darnos las nuestras, Gaucín pondría el paisaje y el paisanaje que complementaría la obra de nuestras vidas”*, a lo largo de las cuales él se mantuvo siempre uni-

do como uña y carne a nuestro pueblo, yo, tengo que confesarlo con un algo de sentimiento de culpa, un poco más despegado.

*“Mi referente es Gaucín, como una fase intermedia entre mi historia personal y la historia total. Allá donde se siente el temblor de los hechos menudos.”* Nos dejó escrito Salvador en el frontispicio de su primera aproximación concienzuda a Carmen, *“Carmen en Gaucín”* en la revista *Analecta Malacitana* de la Universidad de Málaga del año 2002.

Desde aquel primer momento en el que vislumbró la posibilidad de enlazar la obra de Merimee con Gaucín ¿cuántas Carmen no habrán pasado por sus manos? ¿Cuántas veces las leyó y releyó; la imaginó y la idealizó hasta materializarla en sus cuadros y sus escritos? Para siempre concluir, de forma razonada y poética, del mismo modo que lo hace en el epílogo del libro tras de una bellísima descripción del entorno físico y humano en el que vivió Carmen:

*“No hay una Carmen de España.  
Ni una de Mérimée.  
Pero, en todo caso,  
debería recordarse una Carmen:  
Carmen, la de Gaucín”.*

Porque, como nos dice Salvador en otro momento: *“Carmen era de Gaucín y Mérimée escogió, con conocimiento de causa, Gaucín como centro de sus correrías”*



Y la verdad es que después de leer su trabajo uno, aunque no sea ni erudito ni experto en la materia, debe coincidir con él en esa afirmación, pues si existe un topónimo por excelencia en la obra ese es Gaucín donde, como tan exhaustivamente nos explica



Salvador, se desarrolla la trama principal de la novela; y no en otros lugares como nos dan a entender Bizet en su ópera o Távora en su dramatización, ambos con pretensiones efectistas, tergiversando el sentido de la novela de don Próspero Mérimée.

El capítulo primero, en el que novela el paso de Mérimée por Gaucín, es el único en el que Salvador echa a volar su imaginación y crea una historia protagonizada por el escritor romántico francés. No obstante, en el transcurso del relato vuelca sus amplísimos conocimientos sobre aquellos años en Gaucín, basándose en sus profundas investigaciones que abarcan desde el Catastro del Marqués de la Ensenada, a sus estudios sobre las posadas, ventas y molinos del entorno, sus indagaciones acerca de los antepasados de tantas y tantas familias de Gaucín o el análisis del libro de visitas del antiguo Hotel Inglés. Por ello, inserta en el texto apellidos y lugares conocidos de nuestro pueblo junto a personajes históricos de la localidad. Amalgama de lugares, personas y sucesos que él sabe incardinar para dar verosimilitud al relato en el que Mérimée se basaría para crear los personajes de su novela después de conocer *“a una joven gaucinen-*



*se altanera y descarada, de tez bronceada y vestimenta insinuante”,* y que el escritor francés enlazó con la historia que los padres de Eugenia de Montijo, los condes de Teba, le contaron sobre los amores de un cuñado suyo con una cigarrera y el suceso del fanfarrón que por celos mató a su amante bailarina. Con un: *“sin sospechar que estaba alumbrando a Carmen, uno de los mitos españoles de todos los tiempos”,* concluye Salvador este capítulo.

Con una prosa poética fantástica, en el segundo capítulo, usando la prosopopeya, Gaucín nos habla en primera persona y nos narra los avatares de su historia desde el inicio de los tiempos. De igual modo hace un recorrido por su geografía, su estructura urbanística, sus moradores, su paisaje... Y en este mismo capítulo, como no se conformó con investigar la relación de Merimé con Gaucín, también investigó la relación que tuvieron con nuestro pueblo y su entorno los más destacados viajeros románticos que desde finales del siglo XVIII se sintieron atraídos por el paisaje y el pueblo llano de Gaucín y sus alrededores. En este apartado lo deja plasmado con multitud de citas que lo corroboran, donde estos artistas románticos celebran con gran regocijo el paisaje y los habitantes del Gaucín de aquella época. De igual modo recoge sus relaciones con muleros, contrabandistas y bandoleros, pareciendo que, en cierta medida, aquellos viajeros si no tenían un encuentro con algunos de estos románticos personajes, su viaje pareciera no haber alcanzado el objetivo previsto.



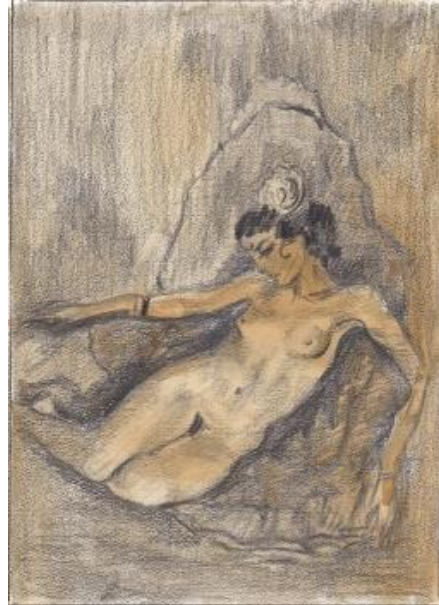
Pintores y escritores, fundamentalmente ingleses y franceses,



no escapan al exhaustivo escrutinio de Salvador y han pasado a engrosar la lista de artistas románticos que, de algún modo, tuvieron algo que ver con nuestro pueblo o su entorno. Gaucín, parada obligada en el Ca-

mino Inglés entre Gibraltar y Granada, con el punto intermedio de Ronda, con su paisaje y sus gentes fue, por motivos obvios, el enclave elegido por Mérimée como escenario del nudo central de su obra.

En la tercera parte de la obra Salvador abunda en su teoría, centrándose en la figura de Carmen: *“en la serranía se residencia el mito de la mujer libre que encarnó “Carmen”, la que descubrirá el mañana con sus ojos negros y profundos, la lozanía de sus piernas, el balanceo de sus caderas y el frescor de sus labios rojos sosteniendo la amarilla flor de casia. Lo que tampoco es ajeno al drama de Carmen, frontera entre el amor y el odio, entre la vida y la muerte con las que jugó, en los campos de Gaucín frente al Gibraltar de sus correrías, la heroína que Prosper Mérimée immortalizó en su novela”*, nos dice Salvador.

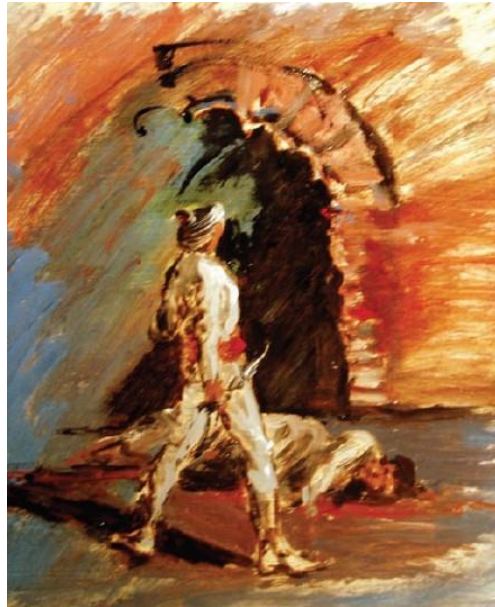


Y continúa: *“Todo el simbolismo sensual que despliega Mérimée para describir a Carmen, está conjugado con los colores de los objetos: el rojo de las faldas y zapatos, en contraste con el blanco de las medias, las cintas de color de fuego... y el amarillo de la flor de casia.”*

En este capítulo se explaya acerca de los significados de los colores, las flores. Y nos cuenta que Mérimée escogió la flor de casia, amarilla y amarga, como el fin de nuestra heroína, habiendo podido escoger otras que abundan más por estos parajes como la flor del almendro, el lirio, la adelfa, la amapola, las margaritas o, si prefería el color, la flor amarilla de los érguenes.

Aparece la fragua y el apellido García para que Salvador dé rienda suelta a la identificación total del mito, de la protagonista de la novela, con nuestro pueblo. Y aquí, paso a paso, Salvador nos va explicando por qué el drama de Carmen se desarrolla en Gaucín y en sus alrededores hasta poco antes del desenlace final. Había naci-

do el mito de Carmen, y Gaucín había sido un escenario principal en el desarrollo del drama.



Pero, no solo de Carmen vivió Salvador. Salvador, como dejaron en sus escritos muchos de los que glosaron su figura tras su muerte, era un humanista en el sentido cabal de la palabra. Podía haber sido un hombre del Renacimiento. Un Leonardo de nuestros días, dentro de sus posibilidades. Todos los campos en los que se adentraba los dominaba y destacaba en ellos. Casi ninguno de los espacios creativos le era ajeno.

Porque la excepción confirme la regla, diré que no brilló por sus habilidades musicales. Lo intentó una vez que compraron un piano, pero no, aquello no funcionó. Aunque en unas Navidades nuestra madre, que sí entendía del tema, nos dejó en la duda cuando, después de acompañar un villancico con las tapaderas de unas cacerolas le dijo aquello de: “Salva, hijo, con qué arte tocas las tapaderas”. Amor de madre, no cabe duda.

Él no se ceñía a un solo aspecto de la creación, lo mismo se afanaba en la pintura que en el ensayo. Tanto en su ámbito profesional, donde sus numerosas publicaciones llegaron a gozar de un más que merecido reconocimiento, como en investigaciones relacionadas con nuestro pasado histórico con sesudas ponencias en los congresos de caminería hispánica, investigaciones entre legajos de registros civiles y eclesiásticos para encontrar los más remotos antepasados de cualquiera de nuestros familiares y paisanos, hasta desembocar en sus trabajos sobre el Santo Niño Dios de Gaucín del que era uno de sus más fervientes devoto y estudioso. Su exhaustivo ensayo sobre la figura de nuestro antepasado el general Serrano Valdenebro, junto con sus trabajos sobre Carmen, son la mejor muestra de todo ello.

Ahí se quedan sus artículos semanales en la prensa local de Jaén, sus "*A propósito*", en los que reflejó su opinión sobre los temas de actualidad a lo largo de tantos años y que contaban con una plé-



yade de seguidores. Artículos llenos de clarividencia en los que afrontaba el diario devenir de nuestros avatares políticos y sociales, siempre con ese punto de ecuanimidad tan digno de resaltar, con un final en el que se vislumbraba un rayo de esperanza basado en su fe y en la doctrina de sus maestros. En los últimos tiempos tomó como tal al papa Francisco, del que siempre encontraba una cita o una referencia con la que rematar su opinión. Siempre de-

cantando su opción por el más débil, por lo más justo. El último que escribió: "*De vuelta al Olimpo*" es paradigma de todos ellos.

¡Qué decir de su poesía! Siempre plena de contenido.

" ...

*Envolvente silencio,  
amor en el centro del poema,*

*rojo dominante de mi paleta,  
música que no cesa.*

*Silencio, ahora, sí, eterno.”*

Difícil de entender en ocasiones pero con un trasfondo en el que el amor por los demás, empezando por los más próximos, por la más próxima, se deja traslucir apenas nos paremos un poco a leerla con detenimiento:

*“Todas las noches bajo  
a los recuerdos  
en las frías riberas del Genal  
y me encuentro una perla  
casi a flor de agua.*

*Anoche bajé con Pilar  
a los arrecifes del Genal  
y saltábamos  
de tajo en tajo.*

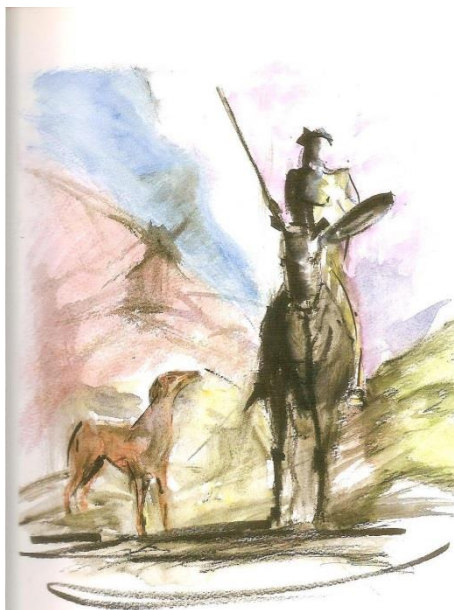
*Allá a lo lejos.”*

Poesía en la que, de igual modo, y de nuevo, Gaucín, su paisaje, sus gentes y su historia están presentes en la mayoría de las ocasiones.

*“Gaucín te llamas;  
entre dos aguas  
luna trémula  
a mis espaldas.”*

¿Quién le iba a decir a él que con casi 60 años iba a hacer sus pinitos en la pintura? Pero él no se conformó con aprender como hubiera hecho el común de los mortales, a él le dio por crear. Crear en el estricto sentido de la palabra. Nos mostró sus cuadros en magníficas exposiciones, incluso los llevó hasta Italia para contrastarlos con los de los maestros de la pintura, y nos los regaló a sus allegados con un desprendimiento propio de su forma de ser, no tenía na-

da suyo. No seremos pocos los que veamos todos los días a Salvador reflejado en algunos de los cuadros que cuelgan en paredes de nuestras viviendas.



Al igual que él recurría a mí para que le revisase sus escritos, yo recurría a él para que me revisase los míos y, también, para que me prestase sus pinturas a la hora de componer la portada de algunos de mis libros. Para mí, su aportación a mi versión del Quijote en romance, a través de las láminas que lo ilustran, es una de las más grandes satisfacciones que he sentido en mi corta trayectoria de aprendiz de escritor.

En esta su *“Carmen la desconocida”* la proliferación de elementos pictóricos salidos de su imaginación y de su entusiasmo por su particular heroína, son casi tan fundamentales como las teorías que en el mismo plasma de forma tan clara mi hermano. Supongo que le daría tiempo a incluir las últimas aguadas que compartía con todos en las redes sociales.

*“Gaucín es belleza que inspira a la belleza”*. Escribía Manuel Urbano en el prólogo al libro de Salvador: *“Veinte pinceladas para unos versos”*. Y bien que mi hermano supo extraer, exprimir diría yo, toda la belleza que derrama Gaucín por sus cuatro costados.

*“El castillo del Águila, para un gaucinense, debe ser el paradigma de todos los recuerdos y de todas las ilusiones referidas a la tierra perdida y a la tierra que se espera”*.

Nos dice Salvador en uno de sus escritos. A fe que él lo tuvo



como modelo de toda su vida creativa, sobre todo de pintor. No sé si

él llevaría una cuenta del número de castillos del Águila que iba plasmando en todo tipo de soporte y con todo tipo de técnica, deben de ser cientos. Creo que se lo sabía de memoria, pero, sin embargo, pienso que no hay dos que sean iguales, cada uno tiene una perspectiva distinta, un enfoque nuevo, algo que siempre lo hace único e irrepetible por muchas veces que él lo trasladara de su imaginación



al lienzo, a la tabla, al papel o a la piedra. Cada uno de sus castillos era para él como un ser humano: único e irrepetible, con su propia personalidad y, por ello, distinto de todos los demás.

Pero no solo se centró en el castillo, aunque fuese su particular fetiche. Sus pinceles recrearon la mayoría de los rincones por los que deambuló a lo largo de toda su vida: cuando vivió en Gaucín y después en sus frecuentes visitas al pueblo. No habrá un lugar de Gaucín que no haya quedado reflejado en sus pinturas o en sus escritos, cualquiera de ellos por muy insustancial que pueda parecernos a algunos, para él tenía un significado especial.

Permitidme la licencia:

*“Cuánto no daría yo  
Por volver a ser el niño  
Que por tus calles corrió.”*

*“Piedras del Río, Pilatos,  
Era del Pino, las Corchas,  
Cuatro Vientos, Ahorcagatos.”*

*“El Portezuelo, la Plaza,  
Los Tajos, la Plazoleta,  
El recuerdo, la añoranza.”*





*“Recaditos en la oreja  
Desde la venta Socorro  
Hasta la venta Morena.”*

Seguro que a muchos de los que ya tienen una edad y que pasaron cogidos de la mano, o con el deseo de hacerlo así, por esas Piedras del río, la Carrera, el camino de la fuente Pilatos o algunos de los otros lugares (lugares de primeros besos, de primeras caricias) que se han nombrado les traen recuerdos inolvidables, como a mi hermano también se los traerían y nos contaría alguna que otra aventurilla si aquí estuviera con nosotros, en cuerpo y alma.

Para nuestra desgracia ya no lo podemos tener en cuerpo, pero su espíritu no va a dejar de estar entre nosotros a través del recuerdo y todo el legado que nos deja en forma de expresión creativa y a través de su mujer, sus hijos y sus nietos, la mejor de las herencias que un ser humano puede dejar.

Querido hermano, quiero que sepas que aunque nunca dabas lecciones siempre aprendíamos de ti, que sin posar el pie en la tierra dejabas huella. Y ya que estás junto a nuestros padres seguro que no te olvidas de los que tenemos que ir a vuestro encuentro. Ayúdanos a tener esa fe que a ti tanto te ayudó a lo largo de toda tu vida y sobre todo en tus últimos momentos. Que, como tú, seamos capaces de asumir el inevitable porvenir con la serenidad de la flor que estando en el jardín ve, sin inmutarse, cómo se acerca el jardinero para separarla de sus compañeras y presentársela al Dueño. Que seamos capaces, cuando llegue el momento, de, como tú, transmitir a los demás esa paz con que la flor acepta su destino. Que, con alegría, sigamos esa luz que se abre ante nosotros enseñándonos la senda expedita por la que desnudos, como vinimos al mundo, vayamos a Su encuentro y al de todos los que nos habéis precedido.

Te has ido, Salvador, pero a pesar de tu proveya edad, como a ti te gustaba decir a modo de chascarrillo recurrente, dejas tantas cosas pendientes...

Tu mente, siempre inquieta, siempre joven, no cesaba de ma-  
quinar algo entre neuronas, algo en lo que manifestar tu inspiración  
y tu sabiduría. Echaremos de menos todo lo que se fue contigo pero  
no dejaremos de repasar todo lo que nos dejaste, y quererte a través  
de los que se quedan aquí, a nuestro lado.

Para terminar voy a leerte un breve poema del libro *“la ola ta-  
tuada”* -una alegoría de un amor imposible entre Teresa de Ávila y  
Federico García Lorca- de Juan Vicente Piqueras; pienso que a ti te  
hubiera encantado leer:

*“Quién duerme en quién. Lo mismo que los astros  
las personas amadas y desaparecidas  
brillan después de muertas... y nos guían”*

Seguro que tu ejemplo, tu honestidad, tu generosidad, tu en-  
trega sin límites, y tantas y tantas virtudes que atesoraste en vida,  
nos guían a los que te tenemos tan presente que nos costará mucho,  
mucho, sacarte del mundo de los vivos.

Muchas gracias por vuestra atención.

**Nota: Todas las ilustraciones, salvo la de la portada, son de Salvador.  
De igual modo, todos los poemas, excepto las soleares que hablan de lugares  
del pueblo, también son de Salvador.**